

XV DOMINGO ORDINARIO C/2007

Muchas veces hemos oído a la gente que habla del amor en varias circunstancias. El amor se ha hecho una palabra mágica en los labios de las personas jóvenes, así como en aquellas personas mayores. Es un tema tan extenso y a veces empleado con mal sentido que nos preguntamos si aun tiene un sentido verdadero. ¿Pero, a quién amaremos? ¿Por qué amaremos y cómo amaremos? Las lecturas de hoy tratan de contestar estas preguntas mostrándonos que el amor de Dios es inseparable del amor de nuestros semejantes, que nosotros no podemos amar a Dios y descuidar a nuestros hermanos.

En la primera lectura, Moisés le recuerda al pueblo que la ley de Dios, incluso la ley de amor, esta escrita en nuestros corazones. Por esto nadie puede decir que él no sabe lo que Dios espera de él, porque él siempre puede discernir en su conciencia lo que está bien y mal.

De hecho, la ley de Dios no es ni misteriosa, ni esta más allá del alcance de la gente; está muy cerca, en la boca y el corazón de cada ser humano. Lo que Dios quiere de nosotros es también lo que nuestros corazones exigen. Si no estuviéramos cegados por la pasión y el pecado, nosotros siempre escogeríamos lo que es correcto y de acuerdo la voluntad de Dios. Nosotros tomamos decisiones equivocadas precisamente porque las basamos en nuestros falsos argumentos haciendo a un lado la voz de nuestros corazones.

El Samaritano del Evangelio aunque considerado un incrédulo por los judíos, ha escuchado a su conciencia y ha mostrado más amor hacia su semejante que los hombres religiosos pretendían tener como el Levita y el sacerdote. En primer lugar, el Evangelio muestra a un doctor de la ley quien le pregunta a Jesús que debe hacer para alcanzar la vida eterna. Su respuesta a la pregunta que Jesús le hizo que te dice la ley y el le contesto “Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, y con todo tu ser, y a tu prójimo como a ti mismo”, tiene razón y en esto se resume toda la Ley. Sin embargo, esta declaración tiene una verdadera consecuencia. Esto significa que independientemente de la raza, nación o religión; sin tener en cuenta el fondo intelectual o cultural, tenemos que tratar a cada uno como nos gustaría ser tratados.

Precisamente aquí el problema se hace difícil, porque para los judíos, los no judíos, así como los enemigos de Israel no podían ser amigos. Por ejemplo, algunos de ellos dijeron que era ilegal ayudar a una mujer gentil en su tiempo de dar a luz un hijo, por que esto solamente ayudaría a traer a otro Gentil al mundo. ¿Así nosotros podemos entender por qué el escriba le preguntaba a Jesús, “Quién es mi prójimo”? En otras palabras, él quiere saber hasta donde el amor debe llegar.

Por el ejemplo que nos da con el pagano de Samaria quien ayuda al hombre herido en el camino, Jesús nos invita a destruir las barreras entre las personas. El problema no es saber que tan lejos deberíamos extender nuestro amor, pero como podremos manifestarlo y quién realmente ama a Dios y a su prójimo.

Para Jesús, alguien de cualquier nación que está en la necesidad es nuestro prójimo. Por esto, nuestra ayuda debe ser tan amplia como el amor de Dios. Nuestra preocupación debe ser práctica y no sólo consistir en compadecer. Es verdad que el sacerdote y el Levita tenían la compasión para el hombre herido, pero ellos no hicieron nada por él. La compasión verdadera debe dar resultados con hechos. Por eso lo que Jesús dijo al

Escriba, él nos dice a nosotros: “vayan y hagan lo mismo”. Vuélvete prójimo del necesitado y heredarás la vida eterna.

Con esta parábola Jesús está afirmando que es mejor practicar que conocer, es mejor tener compasión que solo observar costumbres religiosas. El escriba sabía bien el corazón de la Ley, pero él tenía el problema para ponerlo en práctica, debido a sus prejuicios. El sacerdote y el Levita vieron bien al hombre herido, pero pasaron sobre el otro lado del camino debido a sus costumbres religiosas. La religión verdadera está en el corazón y no solamente basada en rituales.

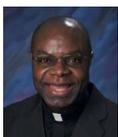
Podemos poner más de mil excusas para poder justificarnos el porque no podemos ayudar en problemas concretos que la demás gente tiene haciendo que nuestra religión vuelva abstracta. Muchos prefieren amar en general que amar a la gente concreta que está alrededor de ellos. Tenemos la compasión por la gente que vemos sufrir en la televisión, pero no sentimos cariño por aquellos que sufren alrededor de nosotros. ¿Pero qué puede Dios hacer con una religión que evade los problemas concretos de las personas?

Esta parábola nos desafía a cada uno de nosotros en nuestro corazón y en el compromiso en el mundo. Esto desafía a padres que no actúan como padres, maestros que no enseñan, estudiantes que no estudian, ministros que no ministran, políticos que no es importe el bien común. Esto nos desafía como cristianos cuando no realizamos el trabajo de Cristo en el cariño de nuestros prójimos como a nosotros mismos.

La última cosa que aprendemos de la parábola consiste en que el amor de Dios va junto con el amor de nuestros hermanos. No podemos amar a Dios sin amar a nuestro prójimo, o inversamente amar a nuestro prójimo sin amar a Dios. Una piedad sin el humanismo es un callejón sin salida, así como el humanismo sin Dios es peligroso. La perspicacia de fe dice que todos los seres humanos son los hijos de Dios. Él ama a todos. Nosotros no podemos amar a padres y excluir a sus niños de nuestro amor.

El amor de Dios debe motivarnos para amar más allá de límites de raza, color, nación y preferencias; por otra parte encajonaremos nuestro amor a aquellos que solamente nos simpatizan, y finalmente nos comportamos como el sacerdote y el Levita en la parábola de hoy. Ser un buen Samaritano requiere una fe que nos dice que toda la gente somos hijos de nuestro Padre celestial y por eso ellos merecen nuestro amor.

Pidamos a Cristo la sabiduría del Padre de darnos sus sentimientos profundos de modo que tengamos la misma compasión que él tiene para la gente que él encontró en su camino, y el mismo amor que él tiene para aquellos que se acercaron a él. Dejémosle que el nos enseñe que el prójimo no es necesariamente el vecino que vive al lado, o la gente que nos simpatiza, pero todo aquel que nos necesita. Que Dios bendiga cada uno de ustedes y bendiga todo lo que hacen por sus hermanos en la imitación de la compasión y del amor de Dios. Amen.



Fecha de Sermón: Julio 15, 2007
© 2007 – Padre Felicien Ilunga Mbala
Contacto: www.mbala.org
Nombre de Archivo: 20070715homilia.pdf